



## CONCLUSIÓN

**C**UANDO se ve aquella Convención tan terrible y tan poderosa, derrumbarse en 1794-1795, la República, tan arrogante, tan fuerte, desaparecer, y caer Francia en 1799, después del régimen desmoralizador del Directorio, bajo el yugo militar de un Bonaparte, surge esta pregunta: «¿Para qué sirve la Revolución, si la nación ha de recaer bajo el yugo?» Y esta pregunta se ha repetido durante todo el curso del siglo XIX, explotándola a su gusto los tímidos y los satisfechos como un argumento contra las revoluciones en general.

Las páginas precedentes ofrecen la respuesta. Los que sólo han visto en la Revolución un cambio de gobierno, los que han ignorado su obra económica y su obra educativa son los únicos que pueden formular esa pregunta.

La Francia que hallamos en los últimos días del siglo XVIII, en el momento del 18 brumario, no es ya la Francia anterior a 1789. Abominablemente pobre, con una tercera parte de su población víctima de la escasez, ¿hubiera podido soportar las guerras napoleónicas, consecuencia de las guerras terribles que la República hubo de sostener en 1792-1799, cuando se defendía contra toda Europa?

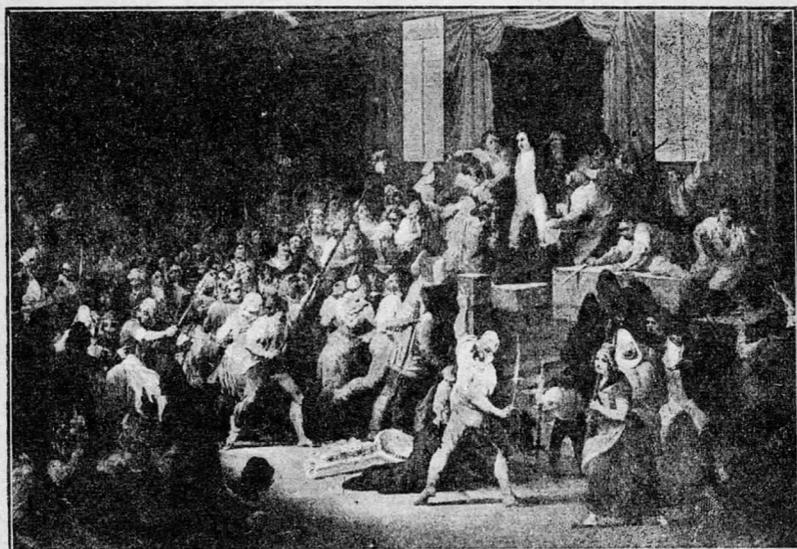
Constituyóse una Francia nueva en 1789-1793. Dominaba la escasez en muchos departamentos, y se hacía sentir con todos sus horrores después del golpe de Estado de termidor con la abolición del *máximum* del precio de las subsistencias. Había departamentos que no producían trigo suficiente para su alimentación, y, como la guerra continuaba, y todos los medios de transporte los tenía absorbidos, escaseaba el pan en aquellos departamentos; pero todo induce a probar que Francia producía ya *mucho más* en toda clase de artículos de consumo que lo que producía en 1789.

Jamás se trabajó, dice Michelet, con el afán con que se trabajaba en 1792, cuando el labrador trazaba el surco sobre las tierras recobradas, arrancadas al dominio de los señores, de los conventos y de las iglesias, y gritaba picando a sus bueyes: ¡*Arre, Prusia! ¡Arre, Austria!* Jamás se han roturado tantas tierras — los escritores realistas lo reconocen —, como durante aquellos años de revolución. La primera buena cosecha, en 1794, produjo el bienestar en las dos terceras partes de Francia, en las poblaciones rurales sobre todo, porque eran las que en todo tiempo estaban bajo la amenaza de la falta de víveres; no porque faltasen en Francia, ni porque los municipios pobres no tomasen sus medidas para alimentar a los que no hallaban trabajo, sino porque todos los animales de tiro sobrantes para el trabajo eran requisados para transportar a los catorce ejércitos de la República provisiones y municiones. En aquella época no había ferrocarriles, y los caminos secundarios estaban en mal estado.

Una nueva Francia había nacido en aquellos cuatro años de Revolución. *El campesino saciaba su hambre* por primera vez después de muchos siglos: ¡se erguía! ¡osaba hablar! Léanse las relaciones detalladas sobre la vuelta de Luis XVI, conducido cautivo de Va-

rennes a París, en junio de 1791, y decid si eran posibles antes de 1789 ese interés, ese sacrificio por la causa pública y esa independencia de juicio. Una nueva nación había nacido, así como en este momento la vemos nacer en Rusia y en Turquía.

Gracias a ese nuevo nacimiento, Francia pudo soportar las guerras de la República y de Napoleón, y llevar los principios de la Gran Revolución a Suiza, Italia, Bélgica, Holanda, Alemania y hasta los



BOUSSY D'ANGLAS, PRESIDENTE DE LA CONVENCION, SALUDA A LA CABEZA DEL DIPUTADO FÉRAUD, 1.º PRADIAL, AÑO III

confinos de Rusia. Y cuando, después de todas esas guerras, después de haber seguido los ejércitos franceses a Egipto y a Moscou, podía esperarse hallar en 1815 una Francia empobrecida, reducida a una miseria espantosa, devastada, se encuentran los campos, hasta los del Este y del Jura, mucho más risueños que cuando Petion, indicando a Luis XVI las ricas riberas del Marne, le preguntaba si había en el mundo un imperio más bello que aquel de que el rey había huído. El resorte interior que contienen esas villas es tal, que en algunos años llegó a ser Francia el país de los campesinos acomodados, y pronto se descubrió que a pesar de todas las sangrías y de todas las

pérdidas, es el país más rico de Europa por su *productividad*. Sus riquezas, las saca, no de las Indias o del comercio lejano, sino de su suelo, de su amor a la tierra, de su habilidad y de su industria. Es el país más rico por la subdivisión de sus riquezas, y más rico aún por las posibilidades que ofrece para lo porvenir.

Tal es el efecto de la Revolución. Y si una mirada distraída no ve en la Francia napoleónica más que el amor de la gloria, el historiador descubre que las mismas guerras que soportó en aquel período, tuvieron por objeto *asegurarse los frutos de la Revolución*: las tierras recobradas de la usurpación de los señores, de los curas, de los ricos, las libertades conquistadas al despotismo, a la corte. Si Francia se manifestó dispuesta a derramar su sangre para impedir que los alemanes, los ingleses y los rusos le impusieran un Luis XVIII, fué porque quiso impedir que la vuelta de los emigrados realistas significara la entrega a los «anteriores» de las tierras regadas ya con el sudor de los campesinos y la sangre de los patriotas. Y luchó tan bien, durante veintitrés años, que cuando se vió forzada a recibir los Borbones, les impuso condiciones: los Borbones reinarian, pero las tierras habían de pertenecer a los que las habían recobrado de los señores feudales, y ni el Terror Blanco de los Borbones osó tocar a aquellas tierras. El antiguo régimen no fué ni será restablecido.

He ahí lo que se gana haciendo una Revolución.

Ha de notarse algo más.

En la historia de los pueblos suele presentarse un período en que se impone un profundo cambio en toda la vida de la nación. La monarquía despótica y el feudalismo se morían en 1789: no era posible conservarlos; era preciso renunciar a ellos.

Y en tal situación presentábanse dos vías: la reforma o la revolución.

Hay siempre un momento en que la reforma es todavía posible; pero si no se aprovecha aquel momento, si hay obstinación en resistir a las exigencias de la vida nueva, hasta el momento que la sangre llega a correr en la calle, como corrió el 14 de julio de 1789, entonces se impone la Revolución; y una vez iniciada la Revolución, necesá-

riamente ha de desarrollarse hasta sus últimas consecuencias, es decir hasta el punto a que sea capaz de llegar, *aunque sea temporalmente*, dado el estado de los ánimos en aquel momento de la historia.

Si nos representamos el lento progreso de un período de evolución por una línea trazada en el papel, veremos esa línea subir gradual, lentamente; pero entonces viene una Revolución, y la línea sufre una violencia, sube repentinamente. Sube, en Inglaterra, hasta la



MATANZA EN EL FUERTE DE SAN JUAN, EN MARSELLA

República puritana de Cromwell; en Francia, hasta la República descamisada de 1793; pero en esa altura el progreso no puede sostenerse; las fuerzas hostiles se unen para derribarle, y, después de haberse elevado a aquella altura, la República cede; la línea cae; pero poco a poco se levanta, y cuando se restablece la paz, en 1815 en Francia, en 1688 en Inglaterra, una y otra se hallan a un nivel mucho más elevado que estaban antes de la Revolución.

La evolución comienza de nuevo; nuestra línea va a subir otra vez lentamente; pero esta subida alcanzará a una altura muy superior a la que tenía antes de la tormenta; casi siempre su subida es más rápida.

Es una ley del progreso humano; del progreso también de cada individuo. La historia moderna de Francia, que pasa por la *Commune* para llegar a la tercera República, confirma aún esta misma ley.

La obra de la Revolución francesa no se limita solamente a lo que obtuvo sino a lo que se ha conservado en Francia; está también en los principios que legó al siglo siguiente, en el jalón que plantó para el porvenir.

Una reforma es siempre un compromiso con el pasado; pero un progreso realizado por la vía revolucionaria es siempre una promesa de nuevos progresos. Si la Gran Revolución francesa resumió un siglo de evolución, dió también el programa de la evolución que había de realizarse en todo el curso del siglo XIX. Es una ley de la historia que el período de ciento o de ciento treinta años próximamente que transcurre entre dos grandes revoluciones, recibe su carácter de la revolución por la que comenzó áquel período.

Los pueblos se esfuerzan en realizar en sus instituciones la herencia legada por la última revolución. Todo lo que no ha podido poner en práctica, todas las grandes ideas que han sido puestas en circulación durante la tormenta y que la Revolución no ha podido o no ha sabido vivificar, todas las tentativas de reconstrucción sociológica dadas a luz durante la Revolución, todo ello será el contenido de la evolución en la época siguiente. Se le añadirán solamente todas las ideas nuevas que esa evolución haga surgir cuando trate de poner en práctica el programa heredado de la pasada tormenta. Después, una nueva gran revolución se hará en otra nación, y ésta, a su vez planteará el problema para el siglo siguiente.

Tal ha sido hasta el presente la marcha de la historia.

Dos grandes conquistas caracterizan, en efecto, el siglo transcurrido desde 1789-1793. Una y otra tienen su origen en la Revolución francesa, que tomó por su cuenta la obra de la Revolución inglesa, ampliándola y vivificándola con todo el progreso realizado desde que la burguesía inglesa decapitó su rey y transfirió el poder al Parlamento. Esas dos grandes conquistas son la abolición de la servidum-

bre y la del poder absoluto, que han conferido al individuo libertades personales en que ni el siervo ni el vasallo osaban pensar, y que han producido al mismo tiempo el desarrollo de la burguesía y del régimen capitalista.

Esas conquistas representan la obra principal del siglo XIX, comenzada en Francia en 1789 y extendiéndose lentamente sobre Europa en el curso del siglo que hemos atravesado.

La obra de emancipación, comenzada por los campesinos franceses en 1799, fué continuada en España, en Italia, en Suiza, en Alemania y en Austria por los ejércitos de descamisados. Por desgracia apenas penetró en Polonia y nada absolutamente en Rusia.



EL AMIGO DE LA LIBERTAD Y DE LA JUSTICIA

(De una estampa de la época)

La servidumbre hubiera terminado en Europa en la primera mitad del siglo XIX, si la burguesía francesa, al llegar al poder en 1794 pasando sobre los cadáveres de los anarquistas, de los franciscanos y de los jacobinos no hubiera detenido el impulso revolucionario, restablecido la monarquía y entregado Francia al escamoteador imperial, el primer Napoleón. El ex-general de los descamisados se apresuró a reafirmar la aristocracia; pero el impulso estaba dado y la institución de la servidumbre recibió un golpe mortal. Se abolió en Italia y en España, a pesar del triunfo temporal de la reacción. Gravemente amenazada en Alemania desde 1811, desapareció defini-

tivamente en 1848; Rusia se vió forzada a emancipar sus siervos en 1861, y la guerra de 1878 puso fin a la servidumbre en la península de los Balkanes.

El ciclo está ya recorrido. El derecho del señor sobre la persona del campesino no existe ya en Europa, ni siquiera allí donde existe aún el censo como indemnización de los derechos feudales.

Los historiadores descuidan el hecho. Sumergidos en las cuestiones políticas, no ven la importancia de la abolición de la servidumbre,



LOS ANGLOMANOS

(Abanico de la época)

a pesar de constituir el rasgo esencial del siglo XIX. Las rivalidades entre naciones, las guerras que causaron y la política de las grandes potencias que tanto preocupan, todo deriva de un gran suceso: la abolición de la

servidumbre personal y el desarrollo de su reemplazante el salariado.

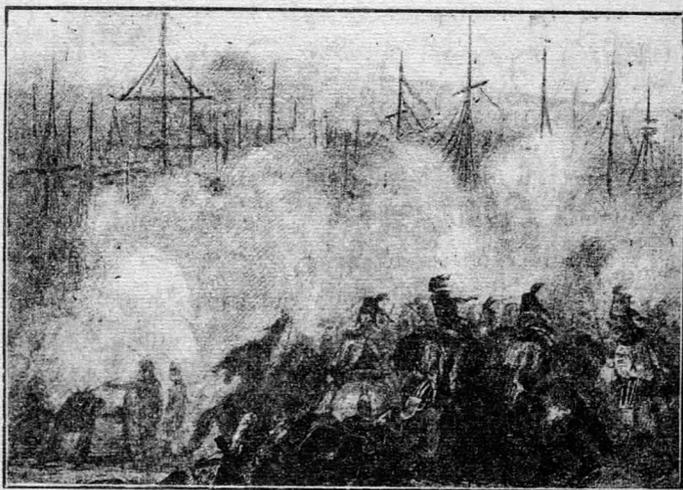
El campesino francés, al rebelarse hace cien años contra el señor que durante su sueño le mandaba batir los estanques para que las ranas no croaran, emancipó los campesinos de Europa; al quemar los palacios y los archivos en que constaba su sumisión y ejecutar los nobles que se negaban a reconocer sus derechos a la humanidad, dió durante aquellos cuatro años la voz de alarma a Europa, hoy completamente libre de la humillante institución de la servidumbre.

Por otra parte, la abolición del poder absoluto ha tardado también cien años en dar la vuelta a Europa. Atacado ese poder en 1648 en Inglaterra y vencido en Francia en 1789, el poder real de derecho divino sólo se ejerce hoy en Rusia; pero también allí se agita en sus últimas convulsiones. Hasta los pequeños Estados de los Balkanes y Turquía tienen hoy sus asambleas de representantes. Rusia entra en el mismo ciclo.

En tal concepto, la Revolución de 1789-1793 hizo su obra. Casi

toda Europa tiene en sus códigos la igualdad ante la ley y el gobierno representativo. En teoría al menos la ley es igual para todos y todos tenemos más o menos el derecho de participar en el gobierno.

El rey absoluto, dueño de vidas y haciendas, y el señor, dueño de la tierra y de los campesinos por el derecho de nacimiento, han desaparecido. La burguesía reina en Europa.



TOMA DE LA FLOTA HOLANDESA POR LOS HÚSARES FRANCESES  
20 DE ENERO DE 1795

Pero al mismo tiempo, la Gran Revolución nos ha legado otros principios, de un alcance mucho mayor: los principios comunistas. Ya hemos visto como durante toda la Gran Revolución trabajó para darse a luz, y también como después de la caída de los girondinos, se hicieron muchos intentos, y alguno de ellos grandioso, en esa dirección. El fourierismo desciende en línea recta de L'Ange, de una parte, y de otra de Chalier; Babeuf es hijo directo de las ideas que apasionaron las masas populares en 1793. Babeuf, Buonaroti y Sylvain Marechal no hicieron más que sistematizarlas algo o exponerlas solamente en forma literaria. Pero las sociedades secretas de Babeuf y de Buonaroti son el origen de las sociedades secretas de los «comunistas materia-

listas», en las que Blanqui y Barbés conspiraron bajo la monarquía burguesa de Luis Felipe. Después surgió La Internacional por filiación directa.

En cuanto al «socialismo», se sabe hoy que esa palabra fué puesta en boga para evitar la denominación de «comunista», que en cierto período fué peligrosa, porque las sociedades secretas comunistas, convertidas en sociedades de *acción*, eran perseguidas de muerte por la burguesía gobernante.

Así pues, hay filiación directa desde los «Rabiosos» de 1793 y el Babeuf de 1795 hasta La Internacional.

Pero hay también la filiación en las ideas. El socialismo moderno no ha añadido todavía nada, nada absolutamente a las ideas que circulaban en 1789-1794 en el pueblo francés, y que éste trató de poner en práctica durante el año II de la República. Lo único que ha hecho el socialismo moderno es poner esas ideas en sistemas y hallar argumentos en su favor, sea volviendo contra los economistas burgueses algunas de sus propias definiciones, sea generalizando los hechos del desarrollo del capitalismo industrial en el curso del siglo XIX.

Pero yo me permitiré afirmar que, por vago que fuese, por poco apoyado que estuviera en argumentos de aspecto científico, por poco uso que hiciera de la jerga pseudo-científica de los economistas burgueses, el comunismo popular de los dos primeros años de la República veía más claro y analizaba más profundamente que el socialismo moderno. En primer lugar era el comunismo en el consumo (la comunalización y la nacionalización del consumo) lo que se proponían los buenos republicanos de 1793, cuando querían establecer sus almacenes de trigos y de comestibles en cada municipio, cuando formulaban una estadística para fijar el «verdadero valor» de los objetos de «primera y segunda necesidad», y cuando inspiraban a Robespierre esta palabra profunda: *lo superfluo de los artículos de consumo es lo único que puede ser objeto de comercio, porque lo necesario pertenece a todos.*

Procedente de las necesidades mismas de la vida tormentosa de aquellos años, el comunismo de 1793, con su afirmación del derecho

de todos a las subsistencias, a la tierra para producirlas, su negación a los derechos territoriales fuera de lo que una familia podía cultivar (la hacienda de «120 arpentas, medida de 22 pies»), y su tentativa de comunalizar el comercio, iba más derecho al fondo de las cosas que todos los programas *minimum* y aun los considerados *máximum* de la actualidad.

Resultando que lo que se aprende hoy estudiando la Gran Revolución es que fué el manantial de todas las concepciones comunistas,



DESEMBARQUE DEL GENERAL BONAPARTE EN FREJUS, CERCA DE TOLÓN  
(De una estampa popular de la época)

anarquistas y socialistas de nuestra época. Conocíamos mal todos nuestra madre; pero la reconocemos hoy entre aquellos descamisados, y nos hacemos cargo de lo que puede enseñarnos.

La humanidad marcha de etapa en etapa, y sus etapas están marcadas en centenares de años por grandes revoluciones. Después de los Países Bajos, después de Inglaterra, que hizo su revolución en 1648-1657, tocó el turno a Francia.

Cada gran revolución ha tenido además algo de original y propio. Inglaterra y Francia abolieron una y otra el absolutismo real; pero

al abolirlo, Inglaterra se ocupó ante todo de los derechos personales del individuo, especialmente en religión, como también de los derechos locales de cada parroquia y de cada municipio; Francia fijó principalmente su atención sobre la propiedad de la tierra, y al herir en el corazón el régimen feudal hirió a la vez la gran propiedad y lanzó al mundo la idea de la nacionalización del suelo y de la socialización del comercio y de las principales industrias.

¿Qué nación tomará sobre sí la tarea terrible y gloriosa de la próxima Gran Revolución? Se ha podido creer por un momento que sería Rusia; pero si Rusia lleva su revolución más allá de una simple limitación del poder imperial, si toca *revolucionariamente* a la gran cuestión de la propiedad territorial, ¿hasta dónde llegará? ¿Sabrá y podrá evitar la falta cometida por las asambleas francesas, y dará el suelo, *socializado*, a quienes quieran cultivarle con sus brazos? No lo sabemos. La respuesta a esa pregunta pertenece al dominio de la profecía.

Lo positivo y cierto es que, sea cual fuere la nación que entre hoy en la vía de las revoluciones, herederá lo que nuestros abuelos hicieron en Francia. La sangre que derramaron, la derramaron por la humanidad. Las penalidades que sufrieron, a la humanidad entera las dedicaron. Sus luchas, sus ideas, sus controversias constituyen el patrimonio de la humanidad. Todo ello ha producido sus frutos y producirá otros aún, más bellos y grandiosos, abriendo a la humanidad amplios horizontes con las palabras *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, que brillan como un faro hacia el cual nos dirigimos.